**Domingo 5º del Tiempo Ordinario A (05.02.2017): Mateo 5,13-16**

**“*Sois la sal… la luz…*” ¿Puedo ser palabra de tu texto? Por eso escribo… ¡CONTIGO!**

El llamado ‘Discurso de las bienaventuranzas’ en Mateo no acaba con la proclamación de las nueve credenciales de la dicha y la felicidad: Bienaventurados, dichosos, felices… Estas son las palabras con las que el término original griego ‘macarios’ es traducido al español o castellano por los especialistas. El discurso que el Evangelista pone en boca de Jesús continúa. Por eso detenemos la lectura y el comentario en los versículos 5,13-16.

Leo este texto que se nos propone reflexionar para el domingo primero de febrero y me parece entender que ese ser y sentirse ‘feliz, dichoso o bienaventurado’ es como ser ‘sal’ o como ser ‘luz’. Se trata de dos imágenes plásticas y preciosas que el autor propone para la meditación del lector de este año de dos mil diecisiete. Sin embargo, quiero volver a recordar que estas palabras de la ‘sal’ y de la ‘luz’ las está diciendo Jesús a **todxs** (as-os) los reunidxs a quienes se les identifica en 4,23-25. Esas gentes de entonces, poco o nada ejemplares de vida o de religión, son ‘sal’ y ‘luz’, ‘macarios’.

Después de haber leído este mensaje de la sal y la luz unas tres veces y haberlo meditado otras cuatro más llego a la conclusión de que este Evangelista está proclamando a Jesús de Nazaret abiertamente blasfemo. Para las gentes del pueblo judío de los tiempos de Jesús, ¿quiénes eran personas ‘macarios, dichosos, felices, sal y luz’? La respuesta a esta pregunta está en el poema primero del libro de los Salmos y también en el salmo 128 (127) del mismo libro.

Después de leer detenidamente este par de salmos, que he propuesto a modo de respuesta a la pregunta anterior, un creyente crítico constata que quienes escuchan al Jesús de Nazaret que nos presenta Mateo no tienen nada que ver con las personas a las que los salmos de Israel proclama dichosos y felices. Los ‘macarios’ de este pueblo son los que cumplen la Ley de Moisés y, en merecida y justa recompensa, Dios los bendice con ¿la salud, el dinero y el amor?

El Jesús de Nazaret en quien cree y del que habla Mateo se atreve a identificar como ‘luz del mundo’ a quienes se han reunido a escucharle: gentes de casi todos los pueblos y credos. Ya dije en el comentario anterior que no había nombrado a los samaritanos de Samaría. Por eso, me digo, Lucas enmendó esta omisión de Mateo con su espléndidamente herética parábola de ‘el samaritano’ (Lucas 10,25-42). Además, ¿cómo olvidar que ‘la luz del mundo’ eran el pueblo de Israel y su Ley tan simbólicamente representados en el candelabro de los siete brazos o menorah? Para este Jesús de Mateo, ‘luz del mundo’ no lo es ninguna iglesia, sino los enfermos, paralíticos, pecadores, marginados.

Y la imagen de la ‘sal’ merece sus líneas de comentario. La mejor identidad de la sal es su silencio. Cuando ésta hace su tarea, nadie se percata de su presencia. ¿Su tarea? Sí, la tarea de la sal, la primera y más importante, es conservar y potenciar los sabores de las cosas. Cuando esto es así, todos suelen decir en el norte o por el oeste, en una o en otra cultura: ¡Qué bueno está esto…! ¡Qué ricas están estas…! ¡Qué sabrosas las…! Cuando falta la sal, la cosa está sosa. Cuando sobra la sal, todos la recuerdan y detestan. La identidad de la sal es el anonimato de su silencio. ¡Qué gusto estar a su lado! La identidad de esta sal es Mateo 7,12. **Carmelo B. H.**

**Domingo 11º del Evangelio de Marcos (05.02.2017): Marcos 2,23-28**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

Hemos llegado al final del relato de cuanto aconteció en la que se puede identificar como **‘la casa de Jesús en Cafarnaún’**, según nos cuenta María Magdalena que va buscando encontrarse con su Jesús, que lleva dentro (Marcos 16,6-7). Ya decíamos en el comentario anterior que esta casa del capítulo segundo del Evangelio es una síntesis de la misión que realizó Jesús en sus tierras de Galilea: enseñar, sanar, perdonar, llamar, comer, beber y amar.

La narración final de este capítulo está centrada en un tiempo explícito, el sábado, y en un lugar, el campo sembrado. Todo lector contemplativo imagina que ese lugar propio del sábado es la sinagoga. Pero quien escribe el relato procura no nombrarla. ¿Silenció este dato de forma consciente? No lo sé. Sólo nos lo podría aclarar la propia María Magdalena (15,40-47), que guardaba estos datos en su memoria de primera seguidora del galileo Jesús de Nazaret. Además, de la presencia de Jesús en la sinagoga va a escribir inmediatamente en 3,1-6.

Me encanta constatar algunas sencillas cicatrices del arte narrativo del relato: *“Un día…”*, leo en 2,18; *“Un sábado…”*, leo en 2,38. Y en ambas narraciones se presenta la persona de Jesús abiertamente enfrentada con ‘elsiempre’ o ‘elnunca’ de la tradición dogmática de la Religión de Israel, que es paradigma de cualquier otro esquema religioso-dogmático: ‘Esto siempre se ha hecho así’, que es como decir también que ‘tal cosa nunca se hizo de esa manera’.

Vuelvo a leer y a copiar para mi meditación sinóptica (conjunta) la pregunta que se le formula a Jesús en cada uno de estos días: la primera, *“¿Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan y en cambio los tuyos no?”* (2,18). La segunda, *“Los discípulos comenzaron a cortar espigas… Los fariseos le dijeron a Jesús: ¿te das cuenta que hacen en sábado lo que no está permitido?”* (2,23-24). En ambos casos y muy explícitamente, este Jesús enseña a desobedecer a la llamada ‘Ley que Moisés recibió explícitamente de Yavé Dios’. Esta desobediencia es una blasfemia (Éxodo 20, entre otros muchos). ¿Enseñaba a blasfemar?

Y como respuesta a ambas preguntas meditadas conjuntamente, dos afirmaciones que no admiten discusión alguna porque son fruto del sentido común, que parece ser más inteligente que las declaraciones dogmáticas de las religiones: la primera, *“A vino nuevo, odres nuevos”* (2,22). La segunda, *“El sábado fue hecho para la persona, no la persona para el sábado”* (2,27). ¿Dónde queda la obediencia? No se debe obedecer al Dios de esta Ley o a la Ley de este Dios.

¿Quién y qué es este Jesús de Nazaret que enseña a pensar y a ejecutar estas ‘cosas’ tan desobedientes, heréticas y blasfemas? ¿Este Jesús es ‘el Hijo único de Dios (Marcos 1,1 y 1,11), segunda persona de la Trinidad divina, el Redentor que salva del pecado primero, un Dios?

Este Jesús de Nazaret, dice explícitamente Marcos 2,28, es un hombre, de carne y hueso, como tú y yo, un galileo y laico, un ser humano, libre y liberador... ¿No es esto lo que tú, María Magdalena, nos quisiste anunciar como ‘la buena noticia’ con la expresión ‘hijo de hombre’ que encontraste entre los escritos de tu Religión -de la Ley, del Templo y del Sacerdocio- como lo es el libro de Daniel, el profeta del ayer, del hoy y del futuro? **Carmelo Bueno Heras**